


blas del claustro: ella fue así mismo la causa de que Witiza, el segundo vencedor de los sarracenos y el último batallador contra los reyes francos, perdiese con la vida la corona que pasó á las sienes de Rodrigo, aclamado tumultuosamente por sus parciales.

Muy otra hubiera sido la suerte de España si los visigodos inspirándose en sentimientos de lealtad y patriotismo, no hubieran estado tan dominados por aquella insaciable pasión de mando, que tan perjudicial fué para ellos y para el país.



CAPITULO X

---

Rodrigo último rey visigodo.—Desastre del Guadalete.

El belicoso pueblo godo no solamente habia conseguido la completa dominacion de la Península, sino que dulcificando, por virtud de su trato con los españoles, su originaria rudeza, y perfeccionando entre ellos sus buenas cualidades, al par que inspirándose en sus altos ejemplos de valor, virtud y abnegacion, llegó á crear aquel admirable espíritu de dignidad personal que tanto habia de contribuir á su engrandecimiento.

Pero un pueblo que como él habia sido conquistador en su origen y despues guerrero, por necesidad y por instinto; un pueblo en el cual todos los ciudadanos, ricos y po-



bres, nobles y esclavos, estaban obligados á empuñar las armas; un pueblo que no habia tenido otra escuela que la de los campamentos, forzosamente habia de crear ese fatal militarismo que engendrando la pasion del caudillaje, dió lugar á que se consumiese en luchas intestinas, sacrificando en ellas sus mejores capitanes y perdiendo sus hombres más ilustres que pudieran haberle proporcionado mayor caudal de gloria y esplendor. Como consecuencia lógica de ese batallador instinto resultó que al terminar la guerra, que era la preferente ocupacion de este pueblo, cayese él en la molicie y el abandono mas completos.

Para colmo de sus desgracias, su nuevo rey, Rodrigo, era un mancebo inesperto, mas inclinado á las dulzuras del lujo y del amor que á los cuidados y atenciones del gobierno; lo que dió lugar á que las riendas del Estado quedasen casi abandonadas y espuestas á ser en breve recogidas por manos mas hábiles.

Mientras tanto, una nueva doctrina religiosa inventada por Mahoma fanatizaba los

pueblos asiáticos y realizaba una revolucion, quizá la mas rápida y asombrosa que en sus páginas registra la historia del mundo. Despues de los grandes triunfos obtenidos por el Profeta, su sucesor Abu Behr, gran capitán poseido de un frenético entusiasmo, que excitaba hasta la demencia á sus invencibles y numerosas huestes, conquistó la Persia. Vino entonces á tomar el mando de una gran parte de aquellas heróicas falanjes otro valiente guerrero que á poco de campar en las Pirámides atravesaba el desierto como un nuevo *Simoun* y reducía á escombros más de setenta ciudades del Africa Septentrional.

A principios del siglo VIII la avalancha conquistadora crecia como espuso oleaje del mar embravecido, amehazando arrollar cuanto á su triunfante paso intentara oponerse: el caudillo damasquino Muza acababa de conquistar por el undécimo califa todo el espacio comprendido entre Tánjer y Cartago, y en su insaciable ambicion meditaba el modo de apoderarse de los hermosos campos que rientes y espléndidos se le aparecian al otro lado del Estrecho.



Singular contraste era en verdad el que á la sazón ofrecían dos pueblos, separados apenas por un estrecho brazo de agua, pueblos por el momento simbolizados en sus respectivos caudillos. De estos el uno era valiente hasta la temeridad, el otro pusilánime hasta el punto de temblar como un azogado ante mentidos horóscopos; el primero rápido como el rayo en concebir y ejecutar, el segundo languideciendo y embriagándose en fugaces y embrutecedores placeres en sus jardines de Toledo; destinado aquel á alcanzar brillante poderío y merecido renombre, nacido éste para que hasta su tumba fuese ignorada.

Cuando una tempestad tan destructora como próxima amenazaba confundir al pueblo visigodo, su imbécil monarca, en vez de tomar rápidamente aquellas enérgicas medidas que la urgencia del caso requería, dejó que los parciales del infortunado Witiza, hábilmente dirigidos por los hijos de éste y el Arzobispo de Sevilla D. Oppas, reclutasen gente y volvieran á encender la guerra civil que tan fatales y desastrosas consecuencias había de acarrear en tan críticos momentos.

Embrutecido Rodrigo y encenagado en fútiles devaneos, apenas si tuvo tiempo de saber que el traidor D. Julian, gobernador de Céuta, había puesto la plaza y la guarnición bajo el amparo del estandarte agareno, y que, Tarik, por orden de Muza, practicaba un reconocimiento militar sobre las costas de España, que miran á las playas africanas (Año 710)

En el mes de Abril del siguiente año, el intrépido Tarik, animado por la facilidad con que impunemente hiciera su anterior descubierta, desembarca con 12,000 berberiscos y algunos escuadrones árabes en la actual plaza de Algeciras, é inmediatamente se posesiona del monte *Calpe*, que desde entonces tomó el nombre de *Gebal-Tarik* (monte de Tarik, hoy Gibraltar) donde fuertemente se atrinchera.

Al saber esto el denodado Caudillo Teodomiros, jefe militar de Andalucía, reúne 1,500 gente, y al frente de esta reducida fuerza se arroja contra los invasores; pero envuelto y acuchillado por estos, tiene que ceder á la fuerte superioridad del número de sus con-



trarios. Entonces escribe al rey una elocuente y sentida carta que bien puede considerarse como el desesperado grito de dolor del agonizante pueblo visigodo. Al recibirla D. Rodrigo despierta de su fatal letargo, y furioso como el león reúne en muy pocos días hasta 100,000 hombres de fuerzas irregulares, sin instrucción, desmoralizadas; á su frente marchó el rey en busca de los sarracenos, á quienes encontró en las estensas llanuras que próximas á Jerez baña el manso Guadalete, reforzados con 5,000 ginetes y varias tropas judías y cristianas.

Empeñada la lucha con sin igual fiereza, allí donde nadie daba cuartel ni lo pedía, prolongóse con feroz encarnizamiento de una y otra parte, durante el largo espacio de tres días. Los dos primeros se mantuvo indecisa la victoria; al tercero impacientes ya los cristianos por conseguir el triunfo que anhelaban, acometen con furia irresistible; y penetrando en el corazón del centro enemigo, introducen en las filas agarenas el desorden y la confusión que solo se contienen merced al poderoso

ejemplo y á las enérgicas palabras de Tarik. Entonces los hijos de Witiza y D. Oppas, que capitaneaban dos cuerpos del ejército cristiano, pisoteando su patriótico deber y dando oídos á la funesta pasión que les dominaba, se unen al conde D. Julian y vuelven lanzas contra sus mismos compañeros. Con este importante apoyo se reponen los africanos, redoblan sus esfuerzos, y en un impetuoso ataque deciden en su favor el éxito de la batalla. Vanos son ya los poderosos esfuerzos de Rodrigo, Pelayo y sus parciales, quienes luchando con el furor de la desesperación realizan prodigios de valor heroico: la espantosa lucha degenera en horrible matanza; la sacrosanta bandera de la cruz, hecha girones, vése infamemente pisoteada por los caballos que montan los defensores de la *media luna*; los pocos godos que lograron escapar á las lanzas de Tarik, huyen despavoridos en todas direcciones, y su mismo rey perece en el combate ó arrastrado por las ensangrentadas corrientes del Guadalete (31 de Julio del año 711; hay historiadores que suponen fué el 12 de Noviem-



bre de 712; pero esta version carece de fundamento.)

Con él sucumbió la monarquía visigoda que dió capitanes como Wamba y legisladores como Eurico, que vigorizó el carácter nacional, y que aunque arriana en su principio fué luego la más poderosa palanca del catolicismo; más no por eso murió la fé cristiana ni se extinguió el amor que los españoles tenían á su independencia; antes por el contrario se avivó más y más la potente llama de estos nobles sentimientos, pero poco más tarde habia de elevar al pináculo de la gloria á tantos héroes de la patria y á tantos mártires de la religion de sus mayores.

CAPITULO XI

Conquista de España por los musulmanes.—Emiratos de Sevilla y Córdoba.

Aprovechándose el audaz Tarik de las inmensas ventajas morales y materiales por él obtenidas en la sangrienta batalla del Guadalete, y queriendo evitar á todo trance que los vencidos pudieran reponerse de sus enormes quebrantos, determinó obrar con la mayor celeridad y energia para terminar lo antes posible la proyectada conquista de todo el territorio español.

Al efecto dividió su entusiasta y fanatizado ejército en tres cuerpos, de los cuales envió uno á Córdoba, como punto de apoyo y centro de operaciones militares; otro á Málaga, para que flanquease toda la parte oriental de la Península; y con el tercero, á cuyo



frente se puso él mismo, tomó la dirección de Toledo, proponiéndose herir á España en su mismo corazón.

Abatidos y desmoralizados los godos después del tremendo golpe recibido en los campos de Jerez, quedaron reducidos á la impotencia más absoluta: sin jefes sin armas, sin centro de organización, sin el apoyo siquiera del país en que vivían, difícil, sino imposible, les fuera oponer serios obstáculos á los intrépidos invasores.

Así es que Mugeiz con el primer cuerpo agareno se apoderó de Córdoba pasando por encima de los mutilados cadáveres de todos sus heroicos defensores, quienes renovando las inmarcesibles glorias de Sagunto y de Numancia, prefirieron la muerte á la rendición. Zaide, que capitaneaba el segundo cuerpo, sujetó á sus armas las poblaciones de Eciija, Málaga y Elvira; y reunido con Tarik avanzaron ambos hácia Toledo, capital del reino godo, en cuya opulenta ciudad entraron, previa una capitulación sumamente honrosa para vencedores y vencidos.

Mientras tanto Muza, celoso de la gloria

del vencedor de Guadalete, cuya conducta procuró hacer sospechosa al califa de Damasco, vino á la Península al frente de numerosas huestes; y desembarcando en Algeciras se dirigió á la Lusitania, conquistando á su paso a Sevilla y Mérida. Esta última ciudad, por su brillante posición estratégica, y por sus robustísimas fortificaciones que guardaban el paso del Guadiana, era entonces de suma importancia. Situada se resistió con tesón; pero al fin vióse obligada á capitular el día 7 de Julio del año 712.

Simultáneamente con estas operaciones Abdelaziz, hijo de Muza, derrotaba en los campos de Lórca al valiente jefe godo Teodomiro y estendía el afortunado estandarte de la *media luna* por todo el litoral del Mediterráneo.

Toda la Península ibérica, á excepción de la zona limitada al S. por la cordillera cantabro-astúrica y Pirineos centrales, quedó en ménos de tres años sometida á las triunfantes armas musulmanas, sin que los hijos de España protestasen de la manera enérgica



que los mismos conquistadores esperaban con razon y temian con fundamento.

Este elocuente hecho demuestra, no la degeneracion de aquel espíritu belicoso é independiente que tanto les distinguiera rechazando á los Fenicios, Cartagineses, Romanos y Bárbaros, sino el ningun interés que, en vista de los amargos desengaños anteriormente sufridos, debian tener en cambiar de dueños, ó quizá la preferencia que les merecian los musulmanes, más ilustrados que los godos, de cuya dominacion venian a salvarles.

Con efecto, en los nuevos conquistadores se revelaba mas bien la política de un proselitismo religioso que el afan de un loco exterminio ó de una degradante dominacion; y la mayor parte de las condiciones por ellos impuestas, fueron mucho más humanitarias de lo que de su fanatismo pudiera esperarse.

En las capitulaciones de Córdoba, Toledo, Mérida, Orihuela y Zaragoza, respetaron á los vencidos sus leyes, sus costumbres, y lo que es más notable aún, atendida la intransigente indole del *Coran*, su culto y sus sa-

cerdotes. La natural obediencia á los nuevos poderes era lo único que exigian *aquellos hombres feroces*, á quienes las crónicas escritas bajo la impresion del momento nos pintan como fieras sedientas de sangre cristiana y hambrientas del total exterminio de los defensores de la fé católica.

Si bajo este punto de vista comparamos la conquista musulmana con las horribles escenas, con los torrentes de sangre que ocasionaron godos y romanos al traspasar los Pirineos, no podremos menos de aplaudir la conducta de los agarenos, por más que ella fuese el móvil de un interés bastardo y en alto grado reprochable.

Únicamente así se explica la relativa facilidad con que esta tierra clásica de la independencia y del amor patrio, quedó subyugada al Emir de Damasco y en manos de gobernadores que andando el tiempo habian de ser tan despóticas y arbitrarios como los antiguos Procónsules; porque aquella primera tolerancia, aquella diplomática benevolencia pronto se trocó en insoportable tiranía, en horrible é incesante lucha que habia de pro-



longarse durante el largo espacio de ocho siglos.

Pero no precipitemos los acontecimientos, y sigamos la marcha de los sucesos en la historia consignados.

Sometida al fin la Península al dominio musulman, pasó á ser una dependencia del califato de Oriente, bajo el nombre de *Emirato*, Dividida en cuatro regiones, se puso al frente de cada una de estas un Wali ó gobernador que á su vez dependía del *Emir*, jefe de todo el país. Los primeros *Emires* procuraron conquistarse el afecto y simpatías del pueblo vencido, al que toleraron el ejercicio de sus propias leyes y el culto de su religion, mediante el pago de un pequeño tributo, inferior al establecido por los godos. El primero de estos mandarines fué Abdelaziz nombrado el año 714 en ocasion en que Muza y Tarik eran llamados á responder de su conducta ante el Califa, enterado ya de las profundas desavenencias que entre ellos habia. Estableció su córte en la poética Sevilla y casándose con Egelina, viuda del infortunado D. Rodrigo, fraternizaron con él muchos go-

dos y merced á esto logró bien á poca costa extender las conquistas de las armas musulmanas por el O. hasta los confines de Lusitania y por el N. E. hasta Pamplona, de cuya importante capital se apoderó. Su tolerancia con los cristianos y ciertas tendencias emancipadoras que se le atribuyeron, llegaron á inspirar ciertos recelos al Califa, que lo mandó matar.

Entre sus sucesores figura su primo Agub, que trasladó á Córdoba la capital del Emirato, y se distinguió por su acertada administracion; Alahor que invadió la Galia gótica y se apoderó de *Narbona*, su capital; Zama, que fué derrotado y muerto por Eudon, conde de Aquitania; Ambiza que murió igualmente en un combate con los Francos, librado cerca de las márgenes del Garona; los demás hasta Abderrahman, solo se distinguieron por sus torpes desaciertos y grandes vejaciones á los cristianos.

El más notable de todos estos *Emires* fué Abderrahman que, nombrado en 727 por segunda vez para el gobierno de la Península, y ávido de gloria, despues de haber derrota-



do á Munuza, caudillo musulman de la region N., que aliado con Eudon, se habia proclamado soberano del país que regia, internóse en el centro de las Galias, asolando cuanto á su paso encontró; pero al vió fué completamente deshecho su numeroso ejército y el mismo Abderrahman quedó muerto en la célebre batalla de Tours, ganada el año 732 por Cárlos Martell, quien al arrojar de la Galia los destrozados restos del ejército musulman, salvó á la cristiandad del peligro en que infaliblemente la hubiera colocado el triunfo del Emir, ansioso de dominar la Europa entera.

Los Emires que sucedieron á Abderrahman en el gobierno de España, sumieron á nuestra patria en los horrores de la mas encarnizada guerra civil, sostenida por la rivalidad y antipatías de las diversas razas de árabes, sirios, egipcios, persas y berberiscos que constituyendo el pueblo musulman, se disputaban entre sí el dominio del país. Esto, unido á los atropellos y vejaciones de los Emires, originó en los cristianos el justo deseo y la noble ambicion de sacudir el yugo de una dominacion tan simpática al princi-

pio como aborrecida después, y dió lugar á la sangrienta y patriótica lucha que vamos á narrar.

---